

# Traducción e identidad nacional en Gran Bretaña

Terry Hale

*En octubre de 1995, Terry Hale visitó Buenos Aires invitado por el Colegio de Traductores Públicos para participar de las Segundas Jornadas de Lexicografía.*

*Allí, al igual que en este artículo, Terry Hale se refirió a la relación entre traducción e identidad nacional en Gran Bretaña. Para este autor, las causas del alejamiento de la cultura inglesa respecto de la del resto del mundo deben atribuirse a los intereses nacionalistas surgidos en la Primera Guerra Mundial y acentuados por la guerra de 1939.*

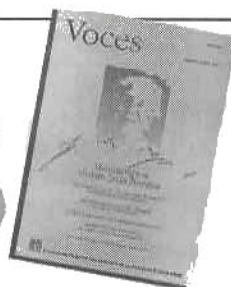
**E**n 1991, último año del que se disponen cifras en Europa, se publicaron alrededor de 67.628 libros en el Reino Unido; lo que convierte a la industria editorial británica en la mayor del mundo -mayor aún que la de Estados Unidos. Holanda tiene una industria editorial mucho menor, aunque esto no puede sorprendernos. En ese año, allí, se publicó menos de un cuarto de lo publicado por el Reino Unido; para ser más precisos, alrededor de 16.017 títulos. Pero he aquí la paradoja: en el Reino Unido las traducciones representaron menos del 3% de los libros editados; en Holanda, alrededor del 40% fueron traducciones o textos escritos en idiomas extranjeros. Concretamente, Gran Bretaña publicó alrededor de 1.689 títulos traducidos y Holanda, cerca de 4.287 traducciones y algo más de 1.908 trabajos en lenguas diferentes del holandés.

Creo que esta paradoja merece ser investigada en profundidad. Después de todo, aún un país como

Portugal, con una micro-industria editorial, por así llamarla (6.430 libros en 1991), publica más trabajos traducidos que el Reino Unido. ¿Cuál es la razón de esta resistencia por parte de los británicos (y se podría agregar, los norteamericanos) a la traducción; no sólo de literatura, sino también de libros infantiles, trabajos científicos y técnicos, ciencias sociales y libros de textos? ¿Será que en Gran Bretaña se publican más libros dignos de leerse que en el resto del mundo? ¿O lo que sucede es que en el resto del mundo casi no existen libros que valgan la pena?

Obviamente no es así. La razón que comúnmente se esgrime para explicar este tipo de discrepancia es que el idioma inglés es una lengua auto-suficiente. De acuerdo con este argumento, los editores británicos, aunque a veces deban buscar manuscritos en el exterior, no necesitan explorar las posibilidades ofrecidas por otras culturas que no sean las de los Estados Unidos, Canadá,

# Voces



REVISTA DEL COLEGIO DE TRADUCTORES PÚBLICOS  
DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Australia, Nueva Zelanda, India y cualquier otro lugar donde el inglés sea el idioma principal o el que habla una élite educada.

Pero, aunque hay mucho de verdad en este argumento, no basta para explicar el tipo de fenómeno al que nos referimos. ¿Y qué sucede con el francés o el español, por ejemplo? Después de todo, el imperio francés alguna vez fue tan vasto como el británico (el francés sigue siendo el idioma administrativo de alrededor de 21 países y el co-oficial de otros cuatro), mientras que doscientos millones de miembros de la raza humana son hispanohablantes. Ninguno de estos idiomas está tan difundido como el inglés, pero difícilmente puedan ser clasificados como menos auto-suficientes que éste. Sin embargo, la traducción parece encontrar muy poca resistencia tanto en Francia como en España. En Francia, alrededor del 18% de los libros publicados son traducciones, mientras que en España esa cifra asciende al 25%.

Me gustaría ofrecer aquí una razón cultural alternativa para explicar la resistencia británica a las traducciones.

Hacia 1890, escritores como Arthur Symons y George Moore se encontraban como en casa tanto en Inglaterra como en Francia y muchos de sus contemporáneos franceses visitaban Londres con regularidad. De hecho, al comienzo del nuevo siglo existía una extensa conexión entre los escritores franceses y británicos y era común la traducción mutua. La separación de Gran Bretaña del resto del continente parece haber ocurrido en tiempos de la Primera Guerra Mundial. La gran ruptura con el siglo XIX que representó el movimiento internacional Dadá, no tuvo seguidores en Gran Bretaña y hasta pasó inadvertida (con la única excepción de F.S.

Flint). Aunque sea discutible, T.S.Eliot podría haber usado su poderosa posición editorial en *The Criterion* y *Faber & Faber* más productivamente para restablecer los lazos culturales con el resto de Europa. Los Bloomsburys, considerados durante mucho tiempo la vanguardia de la *avant-garde* en Londres, tuvieron pocos contactos con sus contemporáneos literarios europeos.

Sospecho que por debajo de esta ruptura están los intereses nacionalistas y patrióticos de la Primera Guerra Mundial, intereses que fueron acentuándose a medida que Gran Bretaña se preparaba para la guerra en 1939. Y si bien la voz del nacionalismo nunca ha tenido los tonos estridentes que podemos encontrar en otras partes, no ha sido, sin embargo, menos insistente. De hecho, me permito sugerir que una de las formas que asumió fue la del "leavismo".

Es difícil imaginar la influencia cultural que F.R.Leavis (1895-1978) ejerció alguna vez sobre las escuelas y colegios de Gran Bretaña; aunque esta influencia aún persiste en el curriculum nacional impuesto políticamente por el actual gobierno. Él fue, indudablemente, la figura más importante de la crítica literaria inglesa del siglo XX, y no resultaría exagerado afirmar que el inglés, como materia universitaria moderna, fue en gran parte su creación. Los tres puntos centrales de sus creencias fueron: primero, que la literatura era una cuestión esencialmente moral; segundo, que la exposición a la literatura podía hacer a la gente más moral; y tercero, que existía un tramado imperceptible en la prosa y la poesía inglesas que les confería una calidad única. Obviamente, no es este el lugar para desafiar tales afirmaciones (aunque muchos encuentran profundamente

---

Desde el punto de vista de la traducción, la influencia de Leavis fue un desastre. El mismo término "tradición", con el significado de canon altamente selectivo de textos cuyas cualidades necesitan preservarse por medio de constante estudio, discrimina contra la recepción de nuevos autores e ideas.

---

ofensivo el tono de superioridad que se evidencia en todos los textos de Leavis), pero vale la pena observar la identificación cuasi-mística entre lengua y cultura que subyace bajo su pensamiento.

Desde el punto de vista de la traducción, por supuesto, la influencia de Leavis fue un desastre. El mismo término "tradición", con el significado de canon altamente selectivo de textos cuyas cualidades necesitan preservarse por medio de constante estudio, discrimina contra la recepción de nuevos autores e ideas. Veamos el caso de la novela, por ejemplo. Es sorprendente que, a excepción de un ensayo sobre *Anna Karenina*, toda el trabajo crítico de Leavis se basó sobre la literatura de su propio idioma. En *The Great Tradition* -"La Gran Tradición"- (1948), Leavis estableció su agenda en los términos más directos: "Los grandes novelistas ingleses son Jane Austen, George Elliot, Henry James y Joseph Conrad...". Hasta Lawrence Sterne fue descartado por razones morales y literarias, a causa de su

"irresponsable (y desagradable) frivolidad". Peor aún, su insistencia en la necesidad de exponerse sin mediación a la prosa y la poesía (Leavis ponía gran énfasis en la llamada crítica práctica) regula la traducción en su totalidad.

Lo que Leavis y sus seguidores valoraban era el mantenimiento de la continuidad cultural, no el cambio o la pluralidad. Sin duda, esta noción de una cultura común era un mito, aunque se trataba un mito altamente persuasivo. Las primeras en desafiarlo fueron las feministas, por supuesto, quienes argumentaron que esta cultura común no era su cultura sino algo impuesto. Habiendo encontrado la falla en el imponente edificio construido por Leavis; a diez años de su muerte, toda la estructura se desmoronaba: los estudios de Género o de la Mujer, los Estudios Culturales, Afro-Caribeños, Latinoamericanos y una gran cantidad de otras disciplinas han reemplazado la definición monolítica y única de cultura de la cual el leavisismo dependía. Me atrevería a

sugerir que es este pluralismo cultural el responsable del renacimiento del interés por la traducción en este país desde comienzos de 1980. Y sin duda, me resulta difícil considerar como una simple coincidencia el hecho de que el término *Estudios sobre Traducción* fuera acuñado el mismo año en que Leavis falleció.

Por supuesto, F.R. Leavis no fue el único vocero cultural que argumentó a favor de una única tradición inglesa unida a valores pequeño-burgueses. El solo hecho de que fuera tomado tan en cuenta indica que logró articular los valores de su generación con gran éxito. ¿Acaso puede sorprendernos que la traducción no floreciera en ese entorno cultural?

La influencia de Leavis ha venido decayendo durante casi un cuarto de siglo, pero en lo que a traducción se refiere, aún queda un tremendo vacío por llenar. La traducción es un arte, y como cualquier otro arte, declina si no se mantiene. Aunque se ha producido un renacimiento del interés por la traducción, especialmente durante la última década, la tarea que tenemos por delante es inmensa.

Con respecto a los editores, por ejemplo, es necesario que desarrollen mecanismos para adquirir derechos de traducción de libros apropiados al mercado inglés (de más está decir que la mayoría de los editores de las empresas editoriales de habla inglesa no leen otros idiomas). Esto implica, entre otras cosas, aprender a trabajar con los manuscritos de los traductores. Y no sólo eso, también es necesario crear nuevos discursos para comercializar y promover esos libros una vez publicados; y hacer que los libros de referencia estén al alcance de la mano del lector para que éste pueda encontrar material acerca de temas sobre los cuales hay escasa información. Desde este punto de vista, debe felicitarse la iniciativa de editoriales como Boulevard (donde Ray Keenoy lanzó una excelente serie

---

Aún un país como Portugal, con una micro-industria editorial, por así llamarla (6.430 libros en 1991), publica más trabajos traducidos que el Reino Unido. ¿Cuál es la razón de esta resistencia por parte de los británicos (y se podría agregar, los norteamericanos) a la traducción; no sólo de literatura, sino también de libros infantiles, trabajos científicos y técnicos, ciencias sociales y libros de textos? ¿Será que en Gran Bretaña se publican más libros dignos de leerse que en el resto del mundo? ¿O lo que sucede es que en el resto del mundo casi no existen libros que valgan la pena?

---

titulada *The Babel Guides to Fiction in Translation* –“Las guías Babel de ficción en traducción”–<sup>1</sup>, Fitzroy Dearborn (que encargó una *Enciclopedia of Literary Translation* –“Enciclopedia de traducción literaria”– editada por Olive Classe) y Oxford University Press (para quien Peter France está preparando *The Oxford Guide to Literature in English Translation* –“La guía Oxford de literatura en traducción inglesa”–).

Lo irónico es que las presiones comerciales sobre la industria editorial son tales, que las empresas se muestran cada vez más reticentes a la hora de aceptar traducciones. En los años veinte, el editor americano Alfred A. Knopf solía viajar a lugares como Suecia, Noruega, Dinamarca, Alemania y América del Sur en busca de autores. La lista de su empresa, en 1925, incluía, por ejemplo, a Knut Hamsun, André Gide y Thomas Mann. Las dos últimas décadas, sin embargo, se han caracterizado por un modelo de conglomeración tanto en Gran Bretaña como en EE.UU. . Dicho modelo ha fomentado, en Gran Bretaña, el establecimiento de cuatro grandes grupos (Randon Century, Harper Collins, Pearsons y Reed International). Durante ese proceso de conglomeración han desaparecido un gran número de editores independientes, algunos, con una historia que se remontaba a más de doscientos años: Bodley Head (que publicó mi primera colección de traducciones en 1983), Chato y Windus, y Jonathan Cape, por ejemplo, pertenecen ahora al grupo Randon Century. Esta implacable persecución de la ganancia económica puede llevar al eclipse a editoriales significativas desde el punto de vista cultural. Sin embargo, la adquisición de Harvill por parte de Collins en 1959, representa no sólo una solución positiva sino que también debería ser motivo de cierto optimismo. La lista de Harvill incluye numerosas traducciones, como las obras de Boris



Pasternak, Alexander Solzhenitsyn y Georges Perec.

El *British Centre for Literary Translation: BCLT* –“Centro Británico de Traducción Literaria”– se fundó hace seis años en la Universidad de East Anglia con el apoyo y estímulo (y debería decir: el continuo apoyo y estímulo) del *Arts Council* –“Consejo para las Artes”– de Inglaterra y el Comité Europeo. En esencia, el *BCLT* tiene dos misiones claramente definidas: primero, ayudar a elevar la conciencia general y el interés hacia el arte de la traducción (esto se logra por medio de conferencias, talleres, lecturas y funciones); segundo, promover la actividad de la traducción destinando sumas de dinero a los traductores para que puedan trabajar exclusivamente en la universidad, entre uno y tres meses, en la producción de traducciones. De esta manera hemos solventado la traducción de más de 150 libros en el curso de los últimos cinco años.

Pero lo que más me ha impresionado en estos dieciocho meses en que he conducido el *BCLT*, ha sido la comprobación de que el trabajo de traducir es, primero y fundamentalmente, una aventura en colaboración. Y si es acertada mi hipótesis de que la resistencia británica a la traducción se construyó cultural-

mente, entonces su corolario debería ser igualmente verdadero: que también la receptividad a la traducción puede construirse culturalmente. Creo que esto ya está ocurriendo. Ciertamente, podemos observar en la actualidad un mayor interés por la traducción entre los académicos, editores, revisores y el público lector, que en cualquier otro momento durante los últimos cincuenta años. Pero, como ha sido dicho, no hemos hecho otra cosa que dar comienzo a la enorme tarea de reconstrucción cultural que todavía tenemos por delante; siempre y cuando Gran Bretaña adopte una perspectiva genuinamente internacionalista.

Terry Hale es traductor, Profesor de la Universidad de East Anglia y Director del *British Centre for Literary Translation - BCLT* (Centro Británico de Traducción Literaria).

Traducción de Graciela Perillo.

1. Las obras: *The Babel Guide To Italian Literature in Translation* –“La guía Babel de literatura italiana en traducción”– (por Ray Lombardo & Florenza Conte y otros), y *The Babel Guide to the Fiction of Portugal, Brazil, Africa in Translation* –“La guía Babel de ficción de Portugal, Brasil, Africa en traducción”– (por Ray Keenoy, David Treece & Paul Hyland, y otros), están publicadas por Boulevard y cuestan £ 7,95. En breve se editarán nuevas obras.